

# ANTOLOGÍA DEL RENACIMIENTO

## LÍRICA DE LA 1<sup>a</sup> ½ DEL S. XVI

GARCILASO DE LA VEGA

### SONETO XIII

A Dafne ya los brazos le crecían  
y en luengos ramos vueltos se mostraban;  
en verdes hojas vi que se tornaban  
los cabellos que el oro escurecían;  
  
de áspera corteza se cubrían  
los tiernos miembros que aun bullendo estaban;  
los blancos pies en tierra se hincaban  
y en torcidas raíces se volvían.  
  
Aquel que fue la causa de tal daño,  
a fuerza de llorar, crecer hacía  
este árbol, que con lágrimas regaba.  
  
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,  
que con llorarla crezca cada día  
la causa y la razón por que lloraba!

### SONETO IV

Un rato se levanta mi esperanza:  
mas, cansada de haberse levantado,  
torna a caer, que deja, mal mi grado,  
libre el lugar a la desconfianza.  
  
¿Quién sufrirá tan áspera mudanza  
del bien al mal? ¡Oh corazón cansado!  
Esfuerza en la miseria de tu estado;  
que tras fortuna suele haber bonanza.  
  
Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos  
romper un monte, que otro no rompiera,  
de mil inconvenientes muy espeso.  
  
Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,  
quitarme de ir a veros, como quiera,  
desnudo espíritu u hombre en carne y hueso.

### Égloga I

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
he de contar, sus quejas imitando;  
cuyas ovejas al cantar sabroso  
estaban muy atentas, los amores,  
(de pacer olvidadas) escuchando. (...)

Saliendo de las ondas encendido,  
rayaba de los montes al altura  
el sol, cuando Salicio, recostado  
al pie de un alta haya en la verdura,  
por donde un agua clara con sonido  
atravesaba el fresco y verde prado,  
él, con canto acordado  
al rumor que sonaba,  
del agua que pasaba,  
se quejaba tan dulce y blandamente  
como si no estuviera de allí ausente  
la que de su dolor culpa tenía;

y al encendido fuego en que me quemó  
más helada que nieve, Galatea!,  
estoy muriendo, y aún la vida temo;

### SONETO XXIII

En tanto que de rosa y azucena  
se muestra la color en vuestro gesto  
y que vuestro mirar ardiente, honesto,  
con clara luz la tempestad serena;

y en tanto que el cabello que en la vena  
del oro se escogió, con vuelo presto  
por el hermoso cuello blanco, enhiesto  
el viento mueve, esparce y desordena:

coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto antes que el tiempo airado  
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,  
todo lo mudará la edad ligera  
Por no hacer mudanza en su costumbre.

### SONETO XI

Hermosas ninfas que, en el río metidas,  
contentas habitáis en las moradas  
de relucientes piedras fabricadas  
y en columnas de vidrio sostenidas;  
  
agora estéis labrando embebidas  
o tejiendo las telas delicadas,  
agora unas con otras apartadas  
Contándoos los amores y las vidas:  
  
dejad un rato la labor, alzando  
vuestras rubias cabezas a mirarme,  
y no os detendréis mucho según ando,  
  
que o no podréis de lástima escucharme,  
o convertido en agua aquí llorando,  
Podréis allá despacio consolarme.

y así, como presente,  
razonando con ella, le decía:

#### Salicio:

;Oh más dura que mármol a mis quejas,  
  
y al encendido fuego en que me quemó  
más helada que nieve, Galatea!,  
estoy muriendo, y aún la vida temo;  
témola con razón, pues tú me dejas,  
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.  
Vergüenza he que me vea  
ninguno en tal estado,  
de ti desamparado,  
y de mí mismo yo me corro agora.  
¿De un alma te desdeñas ser señora,  
donde siempre moraste, no pudiendo  
de ella salir un hora?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

## ESCUELA SALMANTINA: FRAY LUIS DE LEÓN

### Oda a la vida retirada

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruïdo  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspes sustentado. (...)

¡Oh campo, oh monte, oh río!  
¡Oh secreto seguro deleitoso!  
roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestuoso.

25

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre quiero;  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de quien la sangre ensalza o el dinero. (...)

### Oda a Francisco de Salinas.

El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
la música estremada,  
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino  
el alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,  
en suerte y pensamientos se mejora;  
el oro desconoce,  
que el vulgo vil adora,  
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es la fuente y la primera.

Ve cómo el gran maestro,  
aesta inmensa cítara aplicado,  
con movimiento diestro  
produce el son sagrado,  
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta  
de números concordes, luego envía  
consonante respuesta;  
y entrambas, a porfía  
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega  
por un mar de dulzura, y finalmente  
en él ansí se anega  
que ningún accidente  
extraño y peregrino oye y siente.

¡Oh, desmayo dichoso!  
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!  
¡Durase en tu reposo  
sin ser restituido  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,  
gloria del apolíneo sacro coro,  
amigos a quien amo  
sobre todo tesoro;  
Que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh, suene de contínuo,  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
por quien al bien divino  
despiertan los sentidos  
quedando a lo demás amortecidos!

### POESÍA DE LA 2<sup>a</sup> MITAD DEL XVI: S. JUAN DE LA CRUZ

La noche oscura

Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual.

En una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
(joh dichosa ventura!)  
sali sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada. 5

A oscuras y segura,  
por la secreta escala disfrazada,  
(joh dichosa ventura!)  
a oscuras y en celada,  
estando ya mi casa sosegada. 10

En la noche dichosa,  
en secreto, que nadie me veía,  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz ni guía  
sino la que en el corazón ardía. 15

Aquésta me guíaba  
más cierta que la luz del mediodía,  
adonde me esperaba  
quien yo bien me sabía,  
en parte donde nadie parecía. 20

¡Oh noche que me guiaste!,  
joh noche amable más que el alborada!,  
joh noche que juntaste  
amado con amada,  
amada en el amado transformada! 25

En mi pecho florido,  
que entero para él solo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de cedros aire daba. 30

El aire de la almena,  
cuando yo sus cabellos espaciaba,  
con su mano serena  
en mi cuello hería,  
y todos mis sentidos suspendía. 35

Quédeme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el amado,  
cesó todo, y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado. 40

## CÁNTICO ESPIRITUAL

*Canciones entre el alma y el esposo*

### Esposa:

¿Adónde te escondiste,  
amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
habiéndome herido;  
sali tras ti, clamando, y eras ido. 5

Pastores, los que fuerdes  
allá, por las majadas, al otero,  
si por ventura vierdes  
aquél que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero. (..) 10

### (Pregunta a las Criaturas)

¡Oh bosques y espesuras,  
plantadas por la mano del amado!  
¡Oh prado de verduras,  
de flores esmaltado,

decid si por vosotros ha pasado! 20

**(Respuesta de las Criaturas)**

Mil gracias derramando,  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de hermosura. 25

**Esposa:**

¡Ay, quién podrá sanarme!  
Acaba de entregarte ya de vero;  
no quieras enviarame  
de hoy más ya mensajero,  
que no saben decirme lo que quiero. 30

(...)

**Esposo:**

Vuélvete, paloma,  
que el ciervo vulnerado  
por el otero asoma,  
al aire de tu vuelo, y fresco toma. 60

**Esposa:**

¡Mi amado, las montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las ínsulas extrañas,  
los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos; 65

la noche sosegada,  
en par de los levantes de la aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora; 70

nuestro lecho florido,  
de cuevas de leones enlazado,  
en púrpura tendido,  
de paz edificado,  
de mil escudos de oro coronado! 75

A zaga de tu huella,  
las jóvenes discurran al camino;  
al toque de centella,  
al adobado vino,  
emisiones de bálsamo divino. 80

En la interior bodega  
de mi amado bebí, y cuando salía,  
por toda aquesta vega,  
ya cosa no sabía  
y el ganado perdí que antes seguía. 85

Allí me dio su pecho,  
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
y yo le di de hecho  
a mí, sin dejar cosa;  
allí le prometí de ser su esposa. 90

(...)

**Esposo:**

Entrado se ha la espesa  
en el ameno huerto deseado,  
y a su sabor reposa,  
el cuello reclinado  
sobre los dulces brazos del amado. 135

Debajo del manzano,  
allí contigo fuiste desposada,  
allí te di al mano,

y fuiste reparada  
donde tu madre fuera violada. 140

O vos, aves ligeras,  
leones, ciervos, gamos saltadores,  
montes, valles, riberas,  
aguas, aires, ardores  
y miedos de las noches veladores, 145

por las amenas liras  
y canto de serenas os conjuro  
que cesen vuestras iras  
y no toquéis al muro,  
porque la esposa duerma más seguro. 150

**Esposa:**

Oh ninjas de Judea,  
en tanto que en las flores y rosales  
el ámbar perfumea,  
morá en los arrabales,  
y no queráis tocar nuestros umbrales. 155

(...)

**Esposo:**

La blanca palomica  
al arca con el ramo se ha tornado,  
y ya la tortolica  
al socio deseado  
en las riberas verdes ha hallado. 165

En soledad vivía,  
y en soledad he puesto ya su nido,  
y en soledad la guía  
a solas su querido,  
también en soledad de amor herido. 170

**Esposa:**

Gocémonos, amado,  
y vámonos a ver en tu hermosura  
al monte o al collado  
do mana el agua pura;  
entremos más adentro en la espesura. 175

Y luego a las subidas  
cavernas de la piedra nos iremos,  
que están bien escondidas,  
y allí nos entraremos,  
y el mosto de granadas gustaremos. 180

Allí me mostrarías  
aquello que mi alma pretendía,  
y luego me darías  
allí tú, vida mía,  
aquello que me diste el otro día. (...) 185

## PROSA RENACENTISTA

**MIGUEL DE CERVANTES – D. Quijote de la Mancha.**

## Capítulo Primero

### Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complección recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llama Quijana; pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer; y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas intrincadas razones suyas, le parecían de perlas; y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito: la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura, y también cuando leía: los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas se fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza. Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles, y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. (...)

## TEATRO

### Las aceitunas – Lope de Rueda

Toruvio, simple viejo. Águeda de Toruegano su mujer; Mencigüela, su hija, Aloja, vecino. (La 2<sup>a</sup> persona del plural es un tratamiento corriente, incluso entre esposos), (...)

**ÁGUEDA.** Corre, muchacha, prepárale un par de huevos para que cene tu padre y hazle luego la cama. Yo os aseguro, marido, que nunca os acordasteis de plantar aquel de aceitunas que rogué que plantarais.

**TORUVIO.** ¿Pues en qué me he detenido en plantarlo como me rogasteis?

**ÁGUEDA.** Callad, marido. ¿Y adónde lo plantasteis?

**TORUVIO.** Allí, junto a la higuera breval, adonde, si os acordáis, os di un beso.

**MENCIGÜELA.** Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está preparado todo.

**ÁGUEDA.** Marido, ¿no sabéis que he pensado? Que aquel retoño de aceitunas que plantasteis hoy, que de aquí a seis o siete años, llevará cuatro o cinco fanegas (medida de capacidad equivalente a 55 litros en Castilla) de aceitunas. Y que, poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinticinco o treinta años, tendréis un olivar hecho y derecho.

**TORUVIO.** Esa es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

**ÁGUEDA.** Mirad, marido ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, muchacha, que te mando que no me des menos el celemín (doceava parte de una fanega) de a dos reales castellanos.

**TORUVIO.** ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que es cargo de conicencia?

**ÁGUEDA.** Callad, marido, que es el verduño (olivo) de la cesta... de Córdoba.

**TORUVIO:** Pues aunque sea de la **casta** de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

**ÁGUEDA.** Ahora no me quebréis la cabeza. Mira, muchacha, que te mando que no las de menos el celemín de a dos reales castellanos.

**TORUVIO.** ¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, muchacha, ¿a cómo has de pedir?

**MENCIGÜELA.** A como quisierais, padre.

**TORUVIO.** A catorce o quince dineros.

**MENCIGÜELA.** Así lo haré, padre.

**ÁGUEDA.** ¿Cómo <<así lo haré, padre>>? Ven acá... ¿a cómo has de pedir?

**MENCIGÜELA.** A como mandareis, madre.

**ÁGUEDA.** A dos reales castellanos.

**TORUVIO.** Dejad a la muchacha.

**MENCIGÜELA.** ¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me mata!

**ALOJA.** ¿Qué es esto vecinos? ¿Por qué maltratáis a la muchacha?

**ÁGUEDA.** ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

**TORUVIO.** Y juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun piñones.

**ÁGUEDA.** ¡Sí son!

**TORUVIO.** ¡No son!

**ALOJA.** Bueno, señora vecina, os ruego que entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

**ÁGUEDA.** Averigüe o póngase todo del revés.

**ALOJA.** Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas (...)

**MENCIGÜELA.** ¿Qué le parece, señor?

**TORUVIO.** No llores, hija. La muchacha, señor, es como un oro. Ahora andad, hija, y ponedme la mesa, que yo os prometo hacer un sayuelo (saya, vestido) de las primeras aceitunas que se vendieren.

**ALOJA.** Ahora, andad, vecino, entraos... y tened paz en vuestra mujer.

**TORUVIO.** Adiós, señor.

**ALOJA.** Por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas aún no están plantadas, y ya las hemos visto reñidas. (...)